

PRIMERA PARTE

En la Escuela de la Palabra: Lectio Divina sobre Jn 19,25-27

Lecturas de los escritos de San Maximiliano Kolbe

Accedemos al corazón de la espiritualidad kolbiana y de la consagración a la Inmaculada situándonos en la escuela de la Palabra.

El texto más emblemático de la Escritura para nuestro propósito es sin duda Juan 19, 25-27.

San Maximiliano también se refirió a este texto, admirando el designio amoroso de Dios y deteniéndose en el don exuberante del amor de Dios, representado por la Madre. «Otro don todavía...», escribió, un don que procede de la pura gratuidad del corazón de Dios en Cristo. Es lo que decía San Maximiliano:

"¿Quién se atrevería a imaginarlo? ...

¿Qué más podrías haberme dado, oh Dios, después de haberte ofrecido a mí para hacerte mío? ... Tu corazón, inflamado de amor por mí, te sugirió otro don; ¡sí, un don más! ...

Nos has pedido que nos hagamos niños, si queremos entrar en el reino celestial. Tú sabes bien que un hijo necesita una madre. Tú mismo estableciste esta ley de amor. Por eso, Tu bondad, Tu misericordia, crearon para nosotros una Madre, personificación de Tu bondad y de Tu amor infinito. Desde la cruz, en el Gólgota, Tú nos la ofreciste y nosotros a Ella...". (EK 1145).

Leamos con San Maximiliano la fuente de este don, allí en el Calvario, con María y Juan, para captar el significado de este acontecimiento para nosotros hoy...

Lectura sobre Jn 19,25-27

El contexto es solemne. Estamos en la culminación de la vida de Cristo, cuando Jesús revela plenamente su gloria. Está en la cruz, la cruz que lo eleva al cielo y desde la que atrae a todos hacia sí (cf. Jn 12,32). Es el cumplimiento de nuestra salvación, el corazón del misterio pascual de Cristo, el momento del don supremo del amor: «Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo unigénito» (Jn 3,16). El Padre manifestó ese amor mediante el don de su Hijo en la Encarnación, y ese misterio culmina ahora en el don de su vida por nosotros.

En este contexto solemne se produce el don de la Madre, penúltimo acto, podríamos decir, de su entrega por nuestra salvación.

En el versículo 30, el evangelista nos dice: "Cuando Jesús hubo tomado el vino, dijo: "Consumado es". E inclinando la cabeza, entregó su espíritu".

En este contexto solemne, la entrega tiene un gran valor: el don de la Madre forma parte de lo que Jesús debía realizar. Parece que todo está acabado tras la entrega del discípulo a la Madre y de la Madre al discípulo.

v. 25: Encontramos a cuatro mujeres en el Calvario, entre las que destaca la "Madre de Jesús", y Juan se refiere a ella usando ese título. También en Caná la llama con ese título.

v. 26-27: En estos versículos tenemos lo que los estudiosos llaman un "esquema de detección": Jesús ve - dice - mira... Volvemos a encontrar este esquema en el Evangelio de Juan, donde Juan el Bautista ve venir a Jesús y dice: "Mira, el Cordero de Dios" (cf. Jn 1,29-30; Jn 1,36).

Este esquema literario revela la misión del personaje indicado. Así, en el pasaje de la Cruz, Jesús explica a la Madre cuál es su misión: ser la madre del discípulo.

ITINERARIO DE PREPARACIÓN PARA LA CONSAGRACIÓN A LA INMACULADA EN EL ESPÍRITU DE SAN MAXIMILIANO KOLBE

Pero ¿quién es el "discípulo amado"?

Es el que recibe la Palabra y obedece los mandamientos de Jesús; es decir, el que ama como Él amó. Aquí, pues, el discípulo representa a todos los discípulos del Señor. El "discípulo amado" puedes ser tú o yo: cada uno de nosotros es amado por Jesús.

La maternidad de María, que comenzó en la Anunciación, asume en el Calvario una dimensión universal. Desde entonces, como enseña el Concilio Vaticano II, María cuida de los hermanos de su Hijo (cf. LG 62), que se convirtieron desde ese momento en sus propios hijos.

Sí, desde "aquella hora". Así está escrito en el Evangelio de Juan. Es la hora de la Cruz, la hora de la manifestación de la gloria de Cristo, la hora de la salvación, el corazón mismo del misterio pascual de Cristo.

¿Qué sucede a partir de esa hora? "El discípulo la acogió en su casa". Esta es la consagración a María: La acogida del don de Cristo.

Juan acoge a María en su casa, entre sus cosas, en su espacio de vida interior, como dice San Juan Pablo II (RM 45). Este don nos concierne también a nosotros hoy. Todo discípulo del Señor, el día de su Bautismo, recibe, junto con los dones de Cristo, el don de la Madre.

Consagrarse a María no significa, por tanto, "crear" el don, inventarse algo. El don es don, es gratuito e inmerecido y sigue siéndolo, aunque no seamos conscientes de ello. María ejerce siempre su maternidad, seamos conscientes o no. Lo que podemos hacer es aceptar el don de la Madre, como todos los dones de Cristo. Aceptarla, como hizo Juan; acoger a María en nuestra vida, vivir esta relación madre-hijo con gratitud y conciencia.

Como continúa Juan Pablo II

"Significa aceptar -como Juan- a la que se nos da de nuevo como Madre. Significa también asumir el compromiso de conformarnos a Cristo, poniéndonos a la escuela de su Madre y dejándonos acompañar por ella" (La Iglesia vive de la Eucaristía 57).

Hay otro pasaje que nos anima a llevar a María con nosotros. Es un texto del Evangelio de Mateo: "No temas recibir en tu casa a María, tu mujer. Porque por el Espíritu Santo ha sido concebido en ella este niño". (Mt 1,20)

Es la invitación del ángel a José, mientras éste había decidido divorciarse tranquilamente de ella. Esta maternidad viene del Espíritu, es un don del Espíritu. Esto vale para la maternidad de María sobre Jesús y para su maternidad espiritual sobre nosotros.

"Dará a luz un hijo...", dijo el ángel a José.

Eso es la maternidad espiritual de María: dar a luz a Jesús dentro de nosotros.

Esta es la maternidad de María: formar a Jesús en nosotros.

San Juan Pablo II lo recordaba muy bien en varias ocasiones, cuando, hablando a los jóvenes, les invitaba a acoger a María en sus vidas: "Ella cumplirá su ministerio de madre y os formará y moldeará hasta que Cristo esté plenamente formado en vosotros" (Mensaje, Contemplad a vuestra madre, para la XVIII Jornada Mundial de la Juventud, 13 de abril de 2003, n. 3).

A su vez, San Maximiliano nos invita a vivir la consagración a María con esta conciencia:

"En el seno de María debe renacer nuestra alma según la forma de Jesucristo. Ella está obligada a alimentar el alma con la leche de su gracia, a criarla con el mismo amor con que alimentó, cuidó y crió a Jesús. En sus rodillas el alma debe aprender a conocer y amar a Jesús. De su Corazón debe sacar amor hacia Él, o incluso amarlo con el corazón y asemejarse a Él por el amor" (EK 1295).

San Maximiliano propuso un programa verdaderamente hermoso.

No debemos preocuparnos por acoger a María en nuestra vida, si se trata de experimentar este tipo de maternidad que nos hace conformarnos a Cristo, asemejarnos a Él en el amor, júnico mandamiento del Señor!

ITINERARIO DE PREPARACIÓN PARA LA CONSAGRACIÓN A LA INMACULADA EN EL ESPÍRITU DE SAN MAXIMILIANO KOLBE

Hay otro pasaje muy inspirador de los Escritos de San Maximiliano que revela un significado aún más profundo de la consagración a María:

"Esa es la MI: dejarla entrar en todos los corazones, hacerla nacer dentro de todos los corazones, para que entrando en esos corazones y tomando posesión perfectísima de ellos, pueda allí dar a luz al dulce Jesús, Dios, y allí elevarlo a la edad perfecta". ¡Qué hermosa misión! ... ¿No es verdad? ... La elevación del hombre al Dios-Hombre, por medio de la Madre del Dios-Hombre" (EK 508).

Este texto añade algo nuevo. Acoger a María en nuestra vida es aceptar y experimentar su maternidad en nosotros con plena conciencia, pero dentro de esta conciencia encontramos no sólo la aceptación de la maternidad espiritual de María, sino también la voluntad de convertirnos en colaboradores de su maternidad hacia todo hombre. Esta es la rica y original interpretación del Padre Kolbe.

La maternidad de María no sólo se nos da, sino que también se nos confía. Habiendo experimentado su maternidad, hoy podemos convertirnos en sus colaboradores.

La acción evangelizadora de la Iglesia es precisamente la prolongación de la misión maternal de María.

La IG es "dejarla entrar en todos los corazones" para que ejerza su maternidad espiritual: "¡Qué hermosa misión, ¿no es verdad?", dice san Maximiliano.

Pregunta para discusión:

- ¿Cuál es el papel de María en la historia de la salvación y en mi historia personal?

Compromiso para nuestra vida:

Experimentar la maternidad de María en nuestra vida cotidiana.